3° domingo ordinario - C - Lc 1,1-4;4,14-21 23 de enero de 2022

Ayer, 22 de enero, fue un día muy especial en El Salvador: fueron beatificados 4 mártires (fueron asesinados): el Padre Rutilio Grande, dos personas que estaban con él Rutilio Lemus y Manuel Solórzano, y también el Padre Cosme Spezzotto. También fue el 90º aniversario de una horrible masacre llevada a cabo por el dictador militar general Maximiliano Martínez contra la población, principalmente indígena (más de 25.000 muertos). En 1980, el 22 de enero, se produjo la mayor manifestación de las organizaciones populares que formaron una coordinación nacional en la lucha por la justicia y la paz. Así que es un día con un significado muy importante para el pueblo salvadoreño. Esperemos que también lo sea para la Iglesia.

Qué dice[[1]](#footnote-1) Mons. Romero a partir de este texto:

En su homilía de este domingo Monseñor Romero explica qué es la homilía y qué pretende.

1. “La homilía más sublime que se ha pronunciado, cuando Cristo, cerrando el libro, dice: “Estas cosas se han cumplido hoy”. Eso es la homilía: decir que la palabra de Dios no es lectura de tiempos pasados, sino palabra viva, espíritu, que hoy se está cumpliendo aquí. (….) Lo que debe ser la homilía: la explicación sencilla de la palabra eterna y la aplicación concreta de esa palabra que es luz, es fuerza, ilumina, consuela, orienta”.
2. “Jesús es la homilía viviente de la revelación de Dios. Cristo es la homilía que nos está explicando continuamente que Dios es amor, que Dios es fuerza, que está sobre él el Espíritu de Dios, que él es la palabra divina, es la presencia de Dios entre los hombres.”
3. “La Iglesia se convierte en mensajera del Evangelio. Se evangeliza para evangelizar. (…) Esto es bello: saber que los Evangelios los hicieron las comunidades, Los Evangelios que hoy leemos son la homilía de las comunidades.

Esta vez, un testimonio de Monseñor Romero sobre lo que debe ser una homilía. Sí, es importante porque en cada celebración dominical hay una predicación. En nuestras iglesias de Occidente, todavía vemos un pequeño grupo de personas. De vez en cuando, en un funeral o en una boda o en la primera comunión o la confirmación, hay un poco más gente en el templo. Con la homilía, el predicador de hoy llega principalmente a un grupo limitado de cristianos. En El Salvador y en toda América Latina las iglesias aun se llenan los domingos y los días festivos, a pesar del fuerte crecimiento de las iglesias evangélicas y carismáticas y de un creciente agnosticismo de las generaciones más jóvenes que ya no se sienten atendidas por la iglesia como se presenta ahora. Sin embargo, hay muchos pastores -predicadores- que tienen la oportunidad, diaria o semanal, de pronunciar una homilía en su comunidad (más pequeña). Por lo tanto, es de gran valor. Escuchemos tres pautas claras que Mons. Romero da para nuestros sermones.

En primer lugar, dice que una buena homilía debe consistir en: *"* *la explicación sencilla de la palabra eterna y la aplicación concreta de esa palabra que es luz, es fuerza, ilumina, consuela, orienta”.* Aunque el predicador debe realizar un estudio exegético actualizado de los textos, la homilía debe consistir en una "explicación sencilla" no tanto del texto como de "la Palabra". En la tradición cristiana creemos que la Escritura, y en primer lugar los Evangelios, son verdaderamente la Palabra de Dios. Y esa Palabra debe ser pronunciada de forma "sencilla" y clara. No se trata de volver a contar la historia del Evangelio en el sermón, complementada con elementos anecdóticos propios (por desgracia, muchas veces lo he escuchado así), sino de hacer sonar esa Palabra (aplicarla) de tal manera que realmente "ilumine, potencie y fortalezca" la vida de los fieles y de la comunidad creyente. La dinámica del Reino de Dios, históricamente hecho visible en Jesús de Nazaret e impulsado por su Espíritu, exige grandes y sostenidos esfuerzos. Cada homilía debe animar a la gente, ser una luz en tiempos de oscuridad, dar fuerza para continuar con creatividad, consuelo y fortaleza. Si eso no "ocurre", es un fracaso. La parábola de Jesús de que se puede reconocer el valor de la planta o del árbol por su fruto también se aplica a la homilía.

Un segundo eje fundamental en toda homilía debe ser Jesús mismo. El predicador tiene la misión de presentar la vida de Jesús, su brutal tortura y asesinato, y su resurrección a la vida, a la comunidad de creyentes de hoy como una invitación a la felicidad profunda. Esta es la base de nuestra fe: que precisamente en el hombre histórico, Jesús de Nazaret, está "la presencia de Dios mismo entre los hombres", y que allí donde vivimos como seguidores de Jesús, Dios también viene a hacerse presente hoy y mañana. Como cristianos, podemos contar con el apoyo de las Escrituras. Podemos leerlo desde el punto de vista de "los pobres" (en el sentido amplio de la palabra), de modo que su grito, en cualquier parte del mundo, resuene como el propio grito de Dios: He visto la injusticia y te envío a liberar a mi pueblo. La actitud, las acciones, las oraciones, las relaciones, el habla y el silencio, las opciones, ... de Jesús nos dan señales para no equivocarnos en el camino de la historia. Debe ser mencionado en cada homilía. En las iglesias tenemos que "volver" a Jesús y a la realidad de su vida. Entonces su Espíritu nos iluminará y nos fortalecerá hoy.

En un tercer paso, Monseñor Romero nos recuerda que los Evangelios son testimonios de los sermones de las primeras comunidades eclesiales. En diferentes circunstancias dan testimonio de Él y llaman a la conversión, a la esperanza y a la alegría profunda. La Iglesia, el creyente y también el predicador deben dejarse evangelizar (por las Escrituras y a la luz de los testimonios de los grandes cristianos -a los que llamamos santos-) para poder evangelizar. Para los que hemos sido llamados en la Iglesia a participar en algún ministerio, y más aún para los que hemos sido ordenados y formamos parte del ministerio de la Iglesia, es imprescindible que estemos constantemente preparados para ser evangelizados. Nuestra propia conversión es necesaria para que nuestro discurso sea evangelizador para la comunidad y para el mundo exterior. Por lo tanto, el predicador no es un sabelotodo ni un profesor moralista con complejo de superioridad, sino un compañero de viaje que, en medio de su propio proceso interminable de evangelización, se acerca a sus compañeros de fe. Para ello, se dispone a dejarse guiar por el Espíritu de Jesús que habla en el grito del crucificado, en la meditación de las Escrituras y en el silencio de la oración.

**Posibles preguntas para la reflexión y la acción personal o comunitaria.**

1. ¿Cómo preparamos la homilía? ¿Qué hacemos para aprender del progreso de la exégesis? ¿Dónde están nuestras dificultades para llegar a "la interpretación sencilla de la Palabra eterna y la aplicación concreta de esa Palabra que es luz, capacita, ilumina, conforta, guía"?

2. ¿De qué manera mencionamos a Jesús en nuestras homilías? ¿Qué tiene de difícil? ¿Qué podemos hacer para volver realmente a Jesús de Nazaret en nuestra comunidad de fe?

3. ¿Cómo trabajamos permanentemente en nuestra propia evangelización, en nuestra propia conversión? ¿Cómo podemos evitar que nuestros sermones se conviertan en una historia moralizante? ¿Qué significa vivir como un compañero en la comunidad y qué significa poder predicar?

Luis Van de Velde

1. Homilía de Monseñor Romero durante la eucaristía del tercer domingo ordinario Ciclo C, 27 de enero de 1980 [↑](#footnote-ref-1)